

TRADICIONES RELIGIOSAS ENTRE LOS BORUCAS: CREENCIAS Y ACTITUDES

Miguel Ángel Quesada Pacheco

RESUMEN

Se analizan tradiciones religiosas borucas en el ámbito de la mitología. Los borucas residen en el sureste de Costa Rica; son alrededor de 5 000 habitantes del cantón de Buenos Aires. La base teórica del artículo parte de estudios de fenomenología de las religiones. Aunque la gente boruca es cristiana, recuerda relatos de su cosmovisión indígena y ha sacralizado figuras legendarias mediante actos rituales, reuniones y manifestaciones hierofánicas.

1. Delimitación del tema

El presente trabajo enfoca las tradiciones religiosas ancestrales de la etnia boruca, haciendo hincapié en las funciones que tienen los seres míticos o deidades y las actitudes de los creyentes hacia ellos. Queda fuera del alcance de la investigación toda la cosmovisión, existente hoy en día en dicho grupo indígena, que tiene sus raíces en la tradición cristiano-católica, importada por los misioneros franciscanos durante la Colonia y reforzada por la Iglesia diocesana con la retirada de los monjes, a pesar de que, como afirmaba décadas atrás la antropóloga estadounidense D. Stone (1946: 24-28),

“The Boruca are professed Roman Catholics [...] Very little vestige of old beliefs remains, and those that do, are generally well disguised with a covering of Catholicism. [...] Very little remains in the field of legends or myths”.

Por consiguiente, un estudio como el presente muestra muchas limitaciones, ya que es poco lo que queda de la religión ancestral.

Es de resaltar que una investigación similar no se ha realizado aún entre los borucas, y los inves-

tigadores que tocan el tema lo hacen de modo parcial y sucinto. Por ejemplo, la mencionada Stone (1946: 28) relata cuatro leyendas, hoy todavía en vigencia: las Mamrán, El anciano del volcán (Cuasrán), la Serpiente y la leyenda de Kagyrá. Por su parte, A. Constenla y E. S. Maroto (1979: 33-37) se refieren a los mitos y a las figuras míticas de los borucas, tales como Cuasrán, los espíritus, la Gran Serpiente, el chamanismo y los encantos. En mitos como el del Espíritu de las Aguas y la Gran Serpiente, los autores mencionados intentan, a manera de esbozo comparativo, sentar relaciones con mitos análogos entre los indígenas de la parte norte de América del Sur. Por su parte, H. Méndez (1980) hace, en una perspectiva general sobre las costumbres indígenas costarricenses, un esbozo del mundo mítico de los borucas, pero centrado en la figura de Cuasrán, dejando de lado todo el resto del mundo mítico boruca.

De lo dicho anteriormente se desprende que hace falta un trabajo de investigación más sistemático y con datos recientes, laguna que pretende llenar, en la medida de lo posible, el presente esfuerzo investigativo.

2. Objetivos

El objetivo principal del presente estudio es el análisis de las tradiciones religiosas y míticas de origen prehispánico que existen aún entre los indios borucas. Como objetivos específicos se señalan los siguientes:

1. Hacer un inventario de los seres o figuras míticas vivas todavía en la población de origen boruca.
2. Indagar la función que tienen dichos seres míticos entre los indígenas.
3. Estudiar las actitudes de los borucas hacia estos seres.
4. Rescatar, en la medida de las posibilidades, dichas tradiciones como parte del patrimonio religioso-mítico nacional.

3. Marco teórico-metodológico

El presente trabajo se hará tomando como base teórica los estudios relativos a la fenomenología de las religiones, tal como figura esbozada en C. Lévi-Strauss (1984), R. Petazzoni (1996), V. Hernández (1972), E. O. James (1973), así como lo referente a la experiencia religiosa, a los elementos de la estructura religiosa, al símbolo y al mito, reflejados en los escritos de J. M. Velasco (1993) y G. Bertazzo (1998). Se parte, por lo tanto, y con palabras del citado Velasco (1993: 1155), del hecho religioso como un

“aspecto del fenómeno humano que ha acompañado al hombre a lo largo de toda su historia y que constituye el objeto de la historia de las religiones”.

A su vez, el mundo de lo religioso tiene como lenguaje principal el mito, a través del cual, según G. Bertazzo (1998: 1083),

“os povos expressam o que é importante e significativo para a sua vida. São meios de manifestar intuições e relações que existem, mas que não é linguagem cotidiana que poderia fazer-lo”.

Siguiendo los rasgos esenciales que comparte todo hecho religioso, ya señalados por J. M. Velasco (1993: 1156-1163), tenemos en primer lugar el ámbito de lo sagrado, al estar inscrito este hecho en un ambiente especial que lo hace por lo mismo sagrado. El segundo rasgo es el misterio, definido como la realidad que está antes y después del ser humano, que aparece en su medio vital cuando éste se mete en el mundo de lo sagrado. El misterio es absolutamente superior, es trascendente y afecta totalmente al sujeto, el cual lo vive como algo tremendo pero a la vez fascinante. Ahora bien, la experiencia del misterio causa en el sujeto dos actitudes: a) la llamada “experiencia de lo sagrado”, a través de la cual el ser humano entra en relación con ciertas realidades mundanas o con ciertos sucesos de su vida percibidos desde una dimensión más profunda; b) la vivencia de esa experiencia a través de su ausencia (insatisfacción, inquietud, nostalgia de lo otro), de lo que no logra dilucidar ni identificar como causante de ese vacío existencial. Esta vivencia hace que el sujeto busque y reconozca el misterio, proceso mediante el cual la religión se transforma en actitud salvífica, en salvadora de una experiencia vivida como un mal (expresado de muy diversas maneras en las culturas: ser maligno superior y que domina, condición terrena a la que se ve subyugado el ser humano, situación de sufrimiento o de pecado, etc.). A su vez, esta actitud salvífica lleva al ser humano a sentirse pleno, satisfecho, a través de una transformación del ser al colocar el misterio —Dios, el Ser Supremo, etc.— como única posibilidad de salvación y de feliz encuentro con Él.

En esa búsqueda del misterio, el sujeto ve en objetos mundanos rasgos que pierden tal condición para adquirir rasgos sagrados, esto es, hierofánicos, tales como el cielo, las estrellas, la luna, el sol, la tierra y sus fenómenos naturales (cerros, piedras, montañas, bosques, etc.), el mar, la historia, y hasta las mismas personas con sus actos. A través de estos objetos se manifiesta el misterio. De cara a estas nociones, se debe tener presente el valor del hecho religioso en tanto producto de una cultura y de la cosmovisión de un pueblo. De acuerdo con E. O. James (1973: 34),

“la religión sólo puede ser correctamente entendida si se la sitúa en su adecuado contexto cultural, viendo además en ella la fuerza espiritual que ha dado cohesión a la sociedad y que se ha desarrollado a partir de las exigencias de la vida.

Puesto que la religión es ante todo el cauce en que se expresan las fuerzas mediante las cuales los grupos humanos mantienen su solidaridad y aseguran, por tanto, su continuidad y su unidad, de ahí se sigue, como insisten el professor Malinowski y Radcliffe Brown, que la atención ha de centrarse en la función que cada costumbre o creencia, lo mismo que cualquier objeto material confeccionado por el hombre, cumple dentro de la estructura social de la que es parte indispensable”.

Tomando en cuenta los conceptos anteriores y haciendo referencia a la metodología que se ha seguido, las bases empíricas sobre las cuales se fundamenta el presente estudio provienen de dos fuentes: material escrito y material oral. El material escrito contiene tanto leyendas y relatos publicados por antropólogos (Stone 1946) y lingüistas (Constenla y Maroto 1979, Quesada Pacheco 1996 y 1998), además comentarios —por lo demás muy escuetos— de dichas leyendas y de los mitos (Méndez 1980). El material oral ha sido obra de recopilación del autor del presente estudio, reunido a través de varios viajes a los pueblos de Boruca, Curré y Cañablancal y obtenido de seis informantes que, con excepción de dos, son todos del sexo femenino.

5. Marco geográfico e histórico

En la actualidad se cuentan unos 5.012 habitantes de origen boruca (un 14% del total de la población indígena de Costa Rica), situados en la zona sur de la provincia de Puntarenas, específicamente en el cantón de Buenos Aires,¹ cerca de la frontera con Panamá. Los borucas habitan un territorio de 24.000 hectáreas, y el pueblo principal es Boruca, con una población de aproximadamente 2.600 habitantes. Dicho pueblo tiene todos los servicios modernos tales como electricidad, agua potable, teléfono, escuela, colegio (fundado recientemente), y se une a la ciudad de Buenos Aires, cabecera del cantón del mismo nombre, por medio de un camino lastreado de 25 km de longitud, el cual es transitable sólo durante la época seca. Tiene

servicio de transporte colectivo dos veces al día, cuando tanto las condiciones metereológicas como el ánimo del dueño de la empresa de autobuses lo permiten, pero es posible transitar con vehículos de doble tracción durante todo el año. La comunidad boruca cuenta con una estación de radio (Radio Boruca), la cual en un principio se fundó con la idea de fomentar la cultura boruca, pero en la actualidad funciona como una radio cualquiera y no se distingue de las demás radioemisoras comerciales del país.

En 1569, pocos años después de que los borucas entraran en contacto con los conquistadores, se contaban únicamente 350 habitantes de dicha etnia (Fernández 1976: 26-30). A principios del siglo XVII se abrió un camino hacia Panamá que pasaba cerca de su territorio. Con la entrada de los misioneros sufrió grandes cambios la concepción religiosa de su mundo, la cual se fue adaptando a la religión católica. Además, los borucas fueron obligados a cambiar sus patrones de vida como núcleos familiares aislados y, de acuerdo con los intereses económicos y religiosos reinantes, a vivir en conglomerados. Desapareció la poligamia; la economía de subsistencia y de recolección fue abandonada para conformar un tipo de vida similar a la de los campesinos mestizos; también se olvidó el trabajo conjunto en favor del trabajo autónomo, organizado en familia, con lo cual la vida privada se antepuso a la vida comunitaria (cfr. Sanabria 1992; Leiva 1908); a su vez, desapareció el cacicazgo.

Respecto del ámbito de la religión, los documentos coloniales no registran nada acerca de sus mitos y tradiciones, como sí ocurre, en parte, con los indios talamanqueños (cfr. J. M. Peralta 1890). Hay, no obstante, ciertos pasajes de principios del siglo XVIII, en los que fray Pablo de Rebullida narra la reticencia de los borucas a atender los deberes impuestos por la Iglesia Católica y la tradición de matar sus esclavos cuando el difunto era rico (cit. por M. Ruz 1991: 280), además de la presencia de ídolos que, a principios del siglo XIX, adoraban los borucas, así como de hechiceras, y del uso de ciertas piedras redondas con poderes sobrenaturales (cfr. V. M. Sanabria 1992: 155).

En la década de 1960, la apertura de la Carretera Interamericana provocó la desaparición del tránsito y del comercio borucas, realizados en botes por el río Grande de Térraba, y con ello se perdió el mundo cultural pertinente (costumbres marineras, léxico de la pesca, etc.). Desde la década de 1980 los borucas han recibido subsidio y ayuda de organizaciones gubernamentales e internacionales para la construcción de la vivienda, con lo cual los ranchos de paja y de palma tradicionales han dado paso a las casas de caña de madera, bambú y cemento con techo de zinc, de modo que también se ha ido perdiendo el léxico boruca referente a la construcción de la casa aborigen.

No obstante, varios rasgos culturales tradicionales—incluso de orden mítico— han continuado hasta la actualidad. Algunos de ellos se han visto reforzados, en vista de que se han insertado en las redes comerciales nacionales, incluso internacionales. Me refiero ante todo a la artesanía, en particular la confección de telas de algodón y de máscaras, la cual ha podido subsistir gracias al éxito que tiene en el mercado. Además, se nota todavía el don de mando de las mujeres sobre la familia y la sociedad; los ancianos en general todavía gozan de prestigio y de mucho respeto.

Para resumir, el desarrollo de la vida boruca, a partir de la Colonia, deja entrever un conflicto ideológico de graves consecuencias para el futuro cultural del país, pues pareciera que no es posible mantener valores propios y locales a la vez que el aborigen nacional se adueña de los nuevos patrones de vida. El desarrollo cultural se plantea en términos de oposiciones en vez de verse como complementario, por medio del cual la vida humana se puede enriquecer a través de la incorporación de diversos rasgos culturales. En este respecto, los borucas han optado por aceptar los mecanismos de asimilación ofrecidos por la cultura dominante y olvidar, paso a paso, sus rasgos culturales propios.

4. Figuras míticas y legendarias de los borucas y sus funciones

4.1 Sibú

Al igual que entre los cabécares, los bribbris (bajo *Sibö*), los teribes (*Zbo*) y los guaymíes (*Ngo-bu*), los borucas conservan el nombre de *Sibú*² con el cual designan en la actualidad al Ser Supremo cristiano, creador del universo, omnipotente y omnipresente. Además, con la misma palabra nombran a Jesucristo, lo cual, a la hora de traducir textos bíblicos, con bastante frecuencia acarrea problemas cuando se trata de distinguir entre Dios y Jesús (cfr. Quesada Pacheco 1998: 47). De acuerdo con la información recopilada, a Sibú no se le asocia con ningún tipo de rasgos de los cuales participa su homólogo en la tradición cabécar o bribri. Por lo demás, no hay testimonios escritos que nos describan a Sibú en la antigüedad, ni los borucas recuerdan que tuviera otro papel distinto al actual. Al parecer, los misioneros tomaron el nombre de Sibú para aplicarlo al Dios cristiano, lo cual explica la ausencia de rasgos prehispánicos en su figura actual.

4.2 Cuasrán y su linaje

De acuerdo con la tradición boruca, *Cuasrán* (pronunciado [kwas'a'N]), conocido más familiarmente con los nombres de Abuelo, *Tatica Cuasrán* o *Boruquita*, es un individuo con poderes sobrenaturales, cuyo origen tiene dos leyendas. Según algunos, «es probable que sea un rey boruca, que en desavenencia con un dios antiguo, fue confinado a esa cueva por siglos» (Méndez 1980: 80); otros dicen que «este personaje (un suquia) huyó de los conquistadores anticipándose a su llegada y se estableció en el cerro Volcán donde se cree que todavía vive a la antigua usanza» (Constenla y Maroto 1979: 36). El dato es interesante por cuanto es un ser que—según se verá más adelante— ha cobrado muchísima importancia en la actualidad, y hoy en

día es respetado como un héroe cultural. Se dice que Cuasrán habita la cueva de un cerro cercano a Boruca, al cual nadie puede ascender; quien lo intente, transgrede el precepto y puede ser blanco de males y enfermedades. De hecho, se cuenta de habitantes del pueblo que han padecido por atreverse a subir a la cueva y que algunos han tenido que pagar hasta con la vida.³

Cuasrán vive en un mundo paradisíaco, con oro, ganados y todo tipo de alimentos; gusta de tener junto a sí a jóvenes —hembras y machos— borucas para que lo sirvan; estos jóvenes comparten ese mundo paradisíaco junto a él durante toda la vida. Por ahora he recogido dos relatos referentes a dos jóvenes que desaparecieron de sus pueblos: uno era de Curré; el hecho sucedió hace aproximadamente 15 años (1985-1986), siendo adolescente el beneficiado; el otro joven, de unos 22 años, provenía de Boruca; su desaparición ocurrió en 1999. La gente cree firmemente que fueron llevados por Cuasrán para asistirlo. Es de notar que es un honor entre los borucas saber que algún joven ha desaparecido de la comunidad para unirse a Cuasrán. A manera de ejemplo, los padres del joven de Curré se sienten halagados por tal acción.

La manera a través de la cual se sabe que determinado individuo vive junto a Cuasrán es por medio de revelaciones que hace el desaparecido miembro de la familia a sus seres queridos. A veces lo ven, pero este desaparece rápidamente; otras veces se les presenta por medio de sueños y los consuela, argumentándoles que vive muy feliz con otros muchachos junto a Cuasrán. También se cuenta que en el momento en que algún joven no quiera seguir viviendo con este ser mítico, es devuelto a sus familiares, pero muerto.

Un rasgo peculiar de Cuasrán es el amor por los niños. Narraba una informante de Curré que, viniendo su suegra, una anciana muy respetada de la comunidad de Boruca, con sus nietos, de visita a su casa, en el camino vieron una luz refulgente que los acompañó por un trecho entre las partes más recónditas del camino. «Digan lo que digan —afirma la señora— yo digo que Cuasrán existe.» Otro relato similar lo recoge H. Méndez en 1978, según

el cual un niño fue rescatado por Cuasrán de caer en un abismo, al quedar suspendido de un bejuco (Méndez 1980: 81). Cuasrán tiene tanto afecto por los niños, que en cualquier momento podría llevarse uno a su guarida.

Cuasrán puede aparecer en el pueblo, en particular cuando hay alguna celebración. Entonces se presenta en forma de anciano con rasgos fenotípicos borucas, el cual se pone a conversar con los mayores, en idioma boruca, para luego desaparecer.

Por último, Cuasrán tiene a su cargo velar por el pueblo y sus tradiciones. Relata cierta anciana del pueblo, a quien no le importa contar leyendas a los que no son originarios de Boruca, que su cuñada la reprimió por eso; le dijo que las desgracias que estaban ocurriendo en el pueblo eran enviadas por Cuasrán por su culpa.

De acuerdo con la tradición (Stone 1946: 28, Constenla & Maroto 1979: 77, 88 y 146), Cuasrán tiene varias mujeres y seis hijos varones; con una de ellas, llamada Ramona, tuvo un hijo a quien puso el nombre de Sancrahua. Una noche borrascosa, Cuasrán cogió a su hijo y, tal como se lo había anunciado a Ramona, se lo llevó a un monte al otro lado del Río Grande de Térraba, llamado Cerro Pelón. A Sancrahua su padre le dio muchos chanchos de monte, razón por la cual existen muchos en ese paraje. Sancrahua tiene a su vez dos hijas.

4.3 Táruhuá

Entre los borucas existe la creencia en un hombre llamado Táruhuá, el cual vive en un farallón cercano a una catarata que dista escasos dos kilómetros del pueblo de Boruca. A Táruhuá se le adjudica el poder mágico de aparecerse desnudo en sitios lejanos al pueblo y de llevarse a hombres y mujeres para su guarida (al estilo de Cuasrán). Entre sus funciones está el oficio de vigilar el buen estado de cosas de la naturaleza y de su explotación racional; el que incumpla estos designios naturales será castigado. Por ejemplo, a él no le gusta que la gente vaya a bañarse en la catarata de Boruca, antes mencionada, a avanzadas horas de la noche. Se han dado casos en que Táruhuá ha mostrado su enojo

cuando la gente transgrede esta prohibición.⁴ El modo característico de castigar es golpeando la mano de la persona transgresora, para que ésta tire al suelo lo que lleva de más.

A diferencia de Cuasrán, a Táruhuá no se le ha registrado ningún tipo de celebración o ritual, aunque la gente lo respeta y le teme como a un ser sobrenatural.

4.4 Trórcora o Xocrás

Es una anciana con poderes sobrenaturales, la cual vive cerca de una laguna encantada, llena de todo tipo de aves y animales. Es muy rica y está cuidada por dos tigres. Cuenta la tradición que esta señora hizo amistad con una familia a cuyos miembros les dio todo lo necesario para que vivieran bien. Esta familia, empero, abusó de su confianza, obtuvo más terreno y ganados de los que ella le asignara; y hasta quisieron enfrentársele; a lo cual ella respondió quitándoles todas las riquezas y dejándolos en la miseria. La anciana optó por dejar este mundo e irse a vivir en compañía de Sancrahua, el hijo de Cuasrán.

4.5 El Duende del Agua

Es un ser que cuida las aguas dulces; se encuentra habitando los cauces de los ríos. En una época cuando los borucas dependieron del mar, hasta que se construyó la Carretera Interamericana Sur, este ser tuvo mucha importancia, porque vigilaba el Río Grande de Térraba, antaño principal medio de comunicación hacia el mar. Hoy todavía lo recuerdan los borucas; a él se le atribuye haberse apoderado de un recién nacido, producto de un parto no deseado. El Duende del Agua se adueñó de este niño porque su madre lo tiró en un riachuelo cercano al pueblo, entre Boruca y San Joaquín (Quesada Pacheco 1996: 31-33).

También se le recuerda en una leyenda moralizante muy difundida entre los borucas, la historia de las Mamrán, que narra el romance del Duende del Agua con una muchacha, la cual quedó embarazada de éste y tuvo gemelas. Las niñas crecían a la orilla del río y se alimentaban exclusivamente de

olominas y mojarras. Al cumplir diez años, los suquias intervinieron porque veían en ellas una amenaza: Por ser hijas del Duende del Agua, como creyeran que por cuya causa el río podría crecer y desbordarse, decidieron sacarlas del pueblo; las dejaron en un sitio llamado Barranco. Al pasar por Veragua, se sentaron las niñas en unas piedras para descansar y allí dejaron las huellas de las nalgas. Allí están aún (Constenla & Maroto 1979: 57-61).

4.6 El Espíritu o Dueña del mar

Es una figura femenina, descrita como muy hermosa, de cabellos largos, que habita en la orilla del mar. Con frecuencia se le traduce como sirena, pero no tiene ni la forma ni los rasgos míticos de la sirena de la tradición clásica occidental. Tiene la cualidad de seducir a los hombres que se descuidan, cuando van a pescar o a buscar tintes morados. Famosa es la leyenda de un joven que fue con un grupo de familiares y amigos al mar, el cual se alejó de ellos, paseó por la playa, se encontró con “la sirena”, cayó en sus brazos y tuvo relaciones con ella. De regreso a Boruca, este joven sintió que le crecía el pene. Cuando llegaron a Boruca era tan grande, que medía varios metros. Al poco tiempo murió a causa de esta deformación.

4.7 Seres diabólicos

Hay dos figuras que caben dentro de esta categoría; estos seres son el *cagbrú* o *cagrú* (pronunciado [kagb\u\?] o [kag\u\?]) y los bichí. El primero tiene como función salir en la famosa Fiesta de los Diablitos, celebrada la víspera de Año Nuevo, en que se conmemora una batalla que tuvieron los borucas contra los españoles durante la Colonia, de la cual salieron victoriosos los borucas. En esta festividad los *cagrú* representan a los borucas —el español es representado en forma de toro— y van de casa en casa haciendo ruido y bailando durante tres días. La otra función que cumple este ser mitológico es la de diablo con las características cristianas: ser maligno, representante del mal. No obstante, si nos fijamos en la etimología del término y en sus funciones, hay un aspecto que deja dudas sobre su función primordial. *Cagbrú* se compone de dos palabras: cac, que significa sol, día,

cielo, firmamento y *brú* señor principal, jefe, emparentada con la palabra *bulu* de la lengua bribri, que significa rey. El contenido de esta voz nos remite sin lugar a dudas a un ser supremo celestial de una época antigua. De acuerdo con Petazzoni (1996: 86):

“El cielo, con su ilimitada inmensidad, con su perenne presencia, con su maravillosa luminosidad, es particularmente adecuado para sugerir al espíritu del hombre la idea de lo sublime, de la majestad incomparable y de un poder soberano y misterioso. Produce en el hombre el sentimiento de una teofanía, de una manifestación de lo divino, que halla adecuada expresión en la noción de un Ser Supremo”.

De esta forma, siguiendo la estructura fenomenológica del Ser Supremo expuesta por R. Petazzoni, según la cual existen dos teofanías, una del cielo y otra de la tierra y tomando en cuenta que muchos Seres Supremos significan cielo, rayo, luz,⁵ la teofanía boruca parece remontarse a una teofanía del cielo. Por otra parte, y ateniéndonos al significado de *cac*, expuesto anteriormente, es muy probable que antiguamente el *cagbrú* fuera el Ser Supremo Celestial de los borucas, pero que, por razones que no han sido legadas a la actual tradición oral, fuera degradado a la condición de “diablo” desde tiempos inmemorables, sea por Sibú, que hoy tiene características enteramente cristianas, o, en tiempos más recientes, por los misioneros de la Colonia.⁶

En cuanto a los *bichí*, estos seres míticos tienen las funciones de asustar por gusto, sin ninguna razón aparente; se le aparece a la gente en diversas formas: como una mujer de cabellos largos, como jinetes en estampida en medio de la noche, como un viejito, etc. En este sentido, la figura del *bichí* se acerca a la espantología de los indios talamancaes, donde los *bē* tienen las mismas funciones (y hasta están lingüísticamente emparentados).

Hay que tener presente que en la cosmogonía tradicional de los pueblos indígenas costarricenses, a la que está íntimamente ligada la de los borucas, el diablo no tiene nada que ver con el concepto cristiano de ser malhechor, sino más bien con una figura de temperamento caprichoso, que gusta de burlarse de los humanos, de hacerles trampas, cuya

misión en la Tierra es más bien la de vigilar el buen uso que se le dé a la naturaleza. Tienen, en mi opinión, algo de *trickster*, el cual, según las características dadas por V. Hernández (1973: 95-98), es una figura eminentemente ambigua, que puede hacer el bien a la vez que el mal, es un seductor, engañador, astuto pero a la vez estúpido. Según Hernández (ubi supra), “se trata probablemente del personaje mítico principal en el mundo paleolítico.”

4.8 Los Protectores de Boruca

Existen, de acuerdo con la tradición oral de los borucas, cuatro personajes masculinos que cuidan el pueblo de Boruca por cuatro de sus costados. Estos seres eran antiguos caciques que sabían de antemano de la llegada de los españoles, razón por la cual pusieron trampas y toda clase de engaños para que no se acercaran a los borucas. Hoy en día se dedican a vigilar el pueblo y a proteger a sus habitantes de influencias extrañas (Quesada Pacheco 1996: 123). Sin embargo, no he recopilado ningún cuento particular o hazaña de estos personajes en un tiempo mítico o primordial, ni de alguna relación con los borucas actuales en relación con estos cuatro personajes.

4.9 Relaciones entre animales y humanos

Existe, al igual que entre las demás etnias costarricenses, un ciclo de leyendas borucas que tienen relación con la unión de animales con seres humanos. Los animales más frecuentes son la serpiente, el ratón, el pájaro carpintero, el gusano, el jabalí, el mono y la hormiga,⁷ los cuales parecen responder a un tiempo mítico primordial. Doña Paulina Leiva -nacida en 1908, una de las figuras más conocedoras de la lengua y cultura borucas en la actualidad- se refiere así a una mujer que se enamora de un pájaro carpintero:

“Vino un joven y le dijo que él la quería, entonces ella le dijo que no, porque ella quería era un saíno, quería un mono, quería un tigre, quería un toro, quería un cabro, un venado, porque esos sí les daba. El cabro y el venado llegaban a consolarla, a conversar con ella, el tigre le llegaba a dejar carne, el mono le hacía muecas, el jabalí la llevaba a pasear onde quiere, onde podía ir y el venado también, pero hombre no quería ella, porque el hombre no, no sabía hacer nada, nada más que solo hacer... tenerle hijo a una mujer. Por eso ella no quería un hombre”.

En el pasaje anterior dos datos de importancia se dejan entrelazar. En primer lugar, son las mujeres quienes buscan a los animales machos, no los hombres a animales hembras; en segundo lugar, los animales se mostraban más eficientes y colaboradores con la mujer, llenaban más la condición de pareja, por cuya causa ésta los prefiere frente a los hombres. Por otra parte, se cree que los animales —hasta los peces— tienen una piedra en la cabeza, la cual sirve para curar, por consiguiente se debe buscar el momento oportuno para extraérsela (Pittier 1941: 131, Constenla & Maroto 1979: 152).

5. Lo mítico, lo divino y lo hierofánico

Todas las figuras del apartado anterior forman parte esencial y son actantes, es decir, personajes o actores de los relatos de orden mitológico borucas. En palabras de J. M. Velasco (1993: 829):

“En el relato del mito intervienen unos actores que no son personajes del mundo de la experiencia ordinaria del ser humano. Son personajes sobrehumanos, fabulosos, celestiales, muy frecuentemente caracterizados como divinos. Correspondientemente, sus acciones son también sobrehumanas por el poder que ejercen o la trascendencia y la eficacia que tienen en algunos aspectos importantes de la vida del ser humano”.

Siguiendo los rasgos esenciales dados por Velasco (ubi supra) respecto del mito, dichos personajes ocurren “en un espacio no localizable por las coordenadas de la geografía del mundo de la vida diaria”; además, son actantes de relatos anónimos. Por otra parte, dichas figuras son consideradas seres superiores, los cuales infunden respeto y miedo entre la población. Esta relación de los borucas con los personajes míticos es lo que se podría catalogar, en palabras de J. M. Velasco (1993: 478), como un primer acercamiento al fenómeno religioso:

“Todo fenómeno religioso, en efecto, contiene la puesta en relación de una persona o un grupo de personas con una realidad a la que consideran superior”.

Algunas figuras son empleadas como personajes ejemplarizantes; los relatos que giran en torno a ellas están llenos de moralejas, son edificantes y pedagógicos. Tal es el caso del Duende del Agua, de

Trórcora o Xocrás, de la Dueña del Mar, así como los relacionados con Tárhuá y Cuasrán.

Por otra parte, los sitios donde habitan dichos personajes son tenidos como lugares de respeto; algunos de ellos son vistos como sagrados, tal como sucede con las moradas de Tárhuá y Cuasrán, a donde no se puede ir ni ascender. Estos sitios están localizados en partes altas y casi inaccesibles, como es el caso de la morada de Cuasrán, o en partes escabrosas, peñascosas, como la casa de Tárhuá. Otros, como el Duende del Agua y la Dueña del Mar, tienen como viviendas sitios acuáticos, por lo tanto tampoco son estas moradas accesibles al ser humano.

Sin embargo, con la excepción de Sibú, por las razones aducidas en líneas anteriores, hay dos figuras que cumplen con los requisitos para ser catalogadas como dentro del ámbito de lo sagrado: Cuasrán y Tárhuá. Tanto Cuasrán como Tárhuá se presentan como seres superiores, trascendentes, infunden miedo y respeto entre la población. Ambos se han aparecido entre jóvenes y niños, y ambos se han llevado para sí a algunos de esos a quienes se han aparecido, lo cual, como queda señalado, en vez de causar ira, enojo o desesperación entre los familiares, los llena de alegría y satisfacción, pues se sienten en cierta manera elegidos. Además, las personas raptadas tienen características que bien pueden ser asociadas con santos, como por ejemplo el de haber sido buenas, caritativas y muy queridas entre los borucas.

Pero hay una gradación importante entre estos dos personajes. Entre los borucas es Cuasrán el personaje considerado como más alto entre todos. Con esto se pasa, según mi opinión, a otra dimensión, a la dimensión de lo religioso. Esto explica por qué algunos borucas desisten de hablar de la figura de Cuasrán, evaden preguntas en torno a él y le tienen un profundo respeto al cerro donde se cree que habita. Por consiguiente, es Cuasrán quien ha logrado desarrollar entre los borucas una actitud de misterio, de absoluta superioridad y de trascendencia. Con esto juzgo que se llega a la actitud religiosa, según la cual, de acuerdo con Floristán y Tamayo (199: 1161),

“El final del proceso es la relación religiosa efectivamente vivida, en la que el misterio, sin perder su condición misteriosa, se hace presente al ser humano; éste lo reconoce, lo adora, se entrega entre sus manos y encuentra en él su salvación”.

Por esta causa, Cuasrán ha logrado desarrollar ceremonias rituales. Una de ellas ha sido recopilada por Méndez (1980: 82), quien escribe:

“El 24 de junio de cada año, los borucas tienen como tradición y rito, bañarse en la quebrada de los Borucas a las doce de la noche. A esa hora y en esa fecha, las aguas de esa quebrada, creada por el Tatica, son tan puras que al bañarse en ellas, limpian el cuerpo y purifican el espíritu”.

Continuando con Méndez (*ubi supra*), en ese ritual no dejan bañarse a los niños, ya que temen que Cuasrán rapte a alguno y se lo lleve a su cueva. Aunque la recopilación de Méndez data de apenas dos decenios, de acuerdo con mis propias observaciones, no he registrado ese ritual como vigente en la actualidad.⁸ No obstante, se informa de reuniones periódicas presididas por un señor de la comunidad de Curré, con el objeto de celebrar la partida de un hijo suyo que Cuasrán se llevó a su reino.

Por último, los jóvenes raptados por Cuasrán para que le sirvan en su morada, se han convertido en personajes míticos y simbólicos, los cuales generan historias: son seres que continúan viviendo, aunque no en lo terrenal, sino en lo trascendental, en un espacio que no es el humano; se cuenta que los ven, que dejan señales de su paso por las casas que visitan (generalmente las de los familiares y amigos más cercanos), pero que no se pueden tocar. Por último, si Cuasrán no los quiere retener consigo, los devuelve muertos a sus familiares.

6. Conclusiones

Siguiendo de cerca a J. M. Velasco (1993: 1164), quien afirma que

“Toda historia religiosa es un proceso permanente de sacralización de determinadas realidades antes tenidas por profanas y de secularización de otras, antes sagradas,”

es mi opinión que los borucas, en el transcurso de tres o cuatro siglos, han visto morir paulatinamente su antigua religión para sustituirla por la

religión cristiana, en su versión católica. Por esto muchas actitudes religiosas ancestrales fueron borradas o pasaron al campo de la simple curiosidad popular, al recuerdo de antiguas leyendas. Por otra parte, en los últimos decenios, por razones que no han sido tocadas en esta monografía, se ha logrado sacralizar figuras legendarias que antes no tenían cualidades sagradas ni misteriosas, hasta el punto de crear actos rituales, reuniones y manifestaciones hierofánicas.

Por otra parte, todo da a entender que Cuasrán ha empezado a ocupar el papel de Héroe Cultural o de Ser Supremo, pues en mi opinión cumple con los rasgos dados por R. Pettazzoni (1996: 86-94) para dicho papel, a saber:

- a) posee aspectos uránicos (se aparece en forma de luz a los niños);
- b) es un ser intervencionista, ya que participa en las fiestas, guía a los niños;
- c) es un ser castigador, que reprime a los borucas cuando, por ejemplo, revelan secretos de la cultura boruca a los extranjeros y es capaz de enviar catástrofes naturales.

Por otra parte, hay que destacar que muchos borucas, en particular los más católicos, ven en Cuasrán un ser no superior a Sibú, pero con muchísimos poderes.

Otro aspecto digno de resaltar en este nuevo fenómeno religioso boruca es que no se dan experiencias religiosas individuales, sino que siempre son rituales. Así, cuando Cuasrán o Táruhuá se aparecen, normalmente es a un grupo de personas; cuando se aparecen a una sola persona, esta no queda para contar su experiencia, pues pasa al mundo de lo sobrenatural. Por otra parte, los borucas cuentan de personas a quienes dichos seres se han aparecido, pero estas logran huir y contar su vivencia. Lo que estas personas viven no se podría catalogar como experiencia religiosa, ya que el efecto causado en ellas es terror, miedo y deseo inmediato de huir.

Queda, por último, darle seguimiento a estas situaciones míticas que están viviendo hoy

en día los borucas, para ver, en un futuro cercano, sus alcances y su desarrollo ulterior.

Notas

1. Los datos estadísticos provienen de C. Rojas (1997-1998: 9)
2. Constenla (1979: 35) hace notar que la palabra Sibú está presente en varias culturas de tradición suramericana, para designar un ser supremo.
3. Según la narración de Paulina Leiva (Quesada Pacheco 1996: 80-81), tres jóvenes vieron a un viejecito en una pulpería, comprando víveres. Como no lo conocieran, decidieron seguirlo para averiguar su paradero y su vivienda. Al llegar a un cerro, el viejito se internó en la montaña, y los jóvenes vieron que dos muchachas salían a toparlo. Entretanto, el anciano descubrió que lo seguían. Les preguntó qué querían, y por qué lo seguían. Los jóvenes dijeron que querían saber quién era él y las dos muchachas; el señor les dijo que eran sus nietas, pero que más razones no les quería dar, y que abandonarían inmediatamente el lugar. Así lo hicieron los jóvenes, quienes contaron lo sucedido a la gente del pueblo. Días más tarde murieron.
4. Por ejemplo, sucedió que cierta noche, a eso de las 20 horas, habiendo ido a bañarse tres forasteros a la catarata, de regreso al pueblo de Boruca le fue arrebatado, de manera misteriosa, el foco a uno que venía alumbrando el camino y el foco fue volando a parar al suelo. Al llegar al pueblo contaron lo sucedido, la gente inmediatamente y sin titubear asoció el suceso con Táruhuá como autor del percance.
5. En palabras de R. Petazzoni (1996: 91), "muchos Seres Supremos son Seres Celestiales; incluso algunos tienen nombres relativos al cielo como, por ejemplo, el Tien chino, el Tangri mongol, el Zeus griego, el Júpiter romano y otros."
6. C. Jara y A. Segura (1997: 19-24) recopilaron una historia mítica bribri, de acuerdo con la cual Sibö, Ser Supremo entre los bribris, desplazó a los Sörbulu, seres que eran considerados una especie de diablo, y a Sibökomo, que pertenecía a los Sörbulu, el cual fue el primero que pensó en la creación del mundo. Algo similar pudo haber ocurrido con el Cagbrú de los borucas, que a la larga fue desplazado por Sibú, por tener cualidades malévolas, al igual que los Sörbulu.
7. Este tipo de leyendas se pueden leer en Stone 1949: 28, Constenla & Maroto 1979: 42-51 y Quesada Pacheco 1996: 41-53, 68-71, 77-79, 124.

8. Según informes de los borucas entrevistados para este trabajo, el 24 de junio era más bien una celebración en honor de San Juan Baustista, razón por la cual se metían en el agua a medianoche. Este ritual dejó de celebrarse por causa de un accidente.

Bibliografía

- Bertazzo, Guisepppe (1998): "Mito e religiãõ." *Fragm. Cult. Goiana* v. 8, n. 5; 1083-1099.
- Constenla, Adolfo; Maroto, Espíritu Santo (1979). *Leyendas y tradiciones borucas*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Eliade, Mircea; Kitagawa, Joseph (1996). *Metodología de la historia de las religiones*. Barcelona: Ediciones Paidós.
- Elizondo, José María, ed. (1987). *Leyendas borucas recopiladas por los niños de la escuela bajo la dirección de su profesor José María Elizondo*. San José: Teatro Melico Salazar.
- Fernández Bonilla, León (1976). *Indios, reducciones y el cacao*. San José: Editorial Costa Rica.
- Floristán, Casiano; Tamayo, Juan-José, eds. (1993). *Conceptos fundamentales del cristianismo*. Valladolid: Editorial Trotta.
- Hernández Catalá, Vicente (1972). *La expresión de lo divino en las religiones no cristianas*. Madrid: La Editorial Católica S.A.
- James, E. O. (1973). *Introducción a la historia comparada de las religiones*. Madrid: Ediciones Cristiandad.
- Jara, Carla Victoria; García Segura, Alí (1997). *Kó Késka. El lugar del tiempo. Historias y otras tradiciones orales del pueblo Bribri*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica: Comisión Costarricense de Cooperación con la UNESCO.
- Leiva, Elías (1908): "Un viaje a la región del General, Térraba y Boruca." *Páginas Ilustradas* [San José] 181; 2999-3019.

- Lévi-Strauss, Claude (1984). *El pensamiento salvaje*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Méndez Salazar, Hernán (1980). *Los aborígenes costarricenses en 1978*. San José: Ministerio de Educación Pública.
- Peralta, Manuel María (1890). Límites de Costa Rica y Colombia. Nuevos documentos para la historia de su jurisdicción territorial, con notas, comentarios y un examen de la cartografía de Costa Rica y Veragua. Madrid: Imprenta Vda. de Tasso.
- Pittier, Henri (1941). *Materiales para el estudio de la lengua brunca hablada en Boruca, recogidos en los años de 1892 a 1896*. San José: Imprenta Nacional - Museo Nacional. Serie Etnológica I, parte II.
- Quesada Pacheco, Miguel Ángel (1996). *Narraciones borucas*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica: Comisión Costarricense de Cooperación con la UNESCO.
- Quesada Pacheco, Miguel Ángel (1998): "Consideraciones lingüístico-etnográficas en torno a la traducción del Evangelio de San Marcos al boruca." *Theandrika*. Revista Teológica y Bíblica del Seminario Central 10; 37-88.
- Rojas, Carmen (1997-1998). "Revitalización lingüística de las lenguas indígenas de Costa Rica." *Estudios de Lingüística Chibcha* [Universidad de Costa Rica] XVI-XVII; 9-17.
- Sanabria Martínez, Víctor M. (1992). *Datos cronológicos para la historia eclesiástica de Costa Rica*. Recopilación de Vernor Muñoz y Miguel Picado. San José: Ediciones CECOR.
- Stone, Doris Z. (1949). *The Boruca of Costa Rica*. Massachusetts: Papers of the Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology, Harvard University, vol. XXVI - No. 2.
- Velasco, Juan Martín (1993): "Experiencia religiosa". Floristán, Casiano; Tamayo, Juan-José, eds. (1993). *Conceptos fundamentales del cristianismo*. Valladolid: Editorial Trotta; 478-496.
- Velasco, Juan Martín (1993): "Mito". Floristán, Casiano; Tamayo, Juan-José, eds. (1993). *Conceptos fundamentales del cristianismo*. Valladolid: Editorial Trotta; 827-837.
- Velasco, Juan Martín (1993): "Religión (fenomenología)". Floristán, Casiano; Tamayo, Juan-José, eds. (1993). *Conceptos fundamentales del cristianismo*. Valladolid: Editorial Trotta; 1154-1171.